

## LA CUCARACHA KAFKA

Nuria Amat

Yo, el miserable animal de la oscura habitación de al lado, soy un escritor llamado Kafka. Por mucho disfraz que quieran colocarme, soy el producto repulsivo de la desesperación anímica, del insomnio nocturno, de la angustia familiar y del desengaño amoroso. Soy el sueño de un escritor fracasado que para poder escribir mi vida decide permanecer en cama y hacerse el muerto.

Cuando Kafka se sentó a escribir mi historia lo primero que sintió, antes de dar con la primera línea, fue un abrumador deseo de vaciarse en mí, en una repugnante cucaracha, un escarabajo, cualquier clase de bicho inmundado, sin nombre específico, al que llamó Gregor Samsa. Yo le sugerí: “Llámame K”. Pero lo que perseguía, al no precisar el tipo de insecto y darnos toda suerte de descripciones ambiguas, era confundirnos, y que nunca llegáramos a conocer el individuo que estaba tras de mis incontables patas. Un monstruo de caparazón parduzco y abombado, condenado al desprecio y a la desaparición. Imaginó que escribía mi corta vida de hombre fracasado y animal sin nombre, mientras, cansado de vivir, se encontraba en cama pensando en cómo zafarse del autoritarismo arbitrario de sus padres, las exigencias de su novia, el agobio que le producía la oficina. Deprimido, harto y sin poder decirlo, no consigue hacerse entender por su familia, su novia, sus jefes, y decide quedarse acostado ignorando que para el mundo se está transformando en un monstruoso insecto.

Fue el 17 de noviembre de 1912. Este domingo, mi escritor no tenía ganas de levantarse, no tenía ganas de nada. Hacía pocos días que la mujer amada le había dado alguna muestra de intimidad pero, luego, silencio absoluto. No respondía a sus llamadas. Salía a bailar con otros hombres la noche entera. Si hoy no tenía noticias de ella, significaba que todo había terminado. Así que, como tantas otras veces desde que era niño, se había quedado en cama esperando esta decisión. Acostado de cara al techo, se distraía mirando sombras y paredes. Hacía frío. Este fue el primer síntoma de nuestra unión. Su cuerpo se estaba transformando en el mío. Detrás de la puerta, los rutinarios ruidos familiares, el padre dando órdenes, la criada disparando sartenes y cucharas. La familia desayunaba sin él.

Horas antes, le había escrito a su novia: ...”mientras estaba tumbado en la cama, he visto la imagen de un gran escarabajo, un abejarrón, o un ciervo volante, creo.... De un escarabajo de gran tamaño, sí. Lo puse como si estuviera hibernando y apreté las patitas contra mi cuerpo abombado. Y susurro un corto número de palabras que son órdenes a mi triste cuerpo, parco y encorvado junto a mí. Pronto habré acabado, él se inclina, se marcha fugaz, y lo hará todo bien, mientras descanso”.

Era yo. Por supuesto.

Mi escritor insiste en no querer levantarse de la cama, pero yo, que camino como un escarabajo, lo hago por él. Por él, me enfrento a su familia, que me recibe con el horror de toparse con una bestia espantosa que deben liquidar de inmediato. Me pregunto si reconocen en mi caparazón enorme, de tamaño de un metro, al doble de su hijo Gregor Samsa, que mi amo ha inventado para fastidiarles. Me hace trepar por techos y paredes. Me dota de voz profunda pero muda y por mucho que hable y suplique a mis familiares ellos me golpean e insultan. Debo esconderme debajo de la cama. ¿Para qué habré salido? ¿Puede una cucaracha defender a un hombre? Produzco un terrible asco a toda la familia, incluido a mi escritor, que a estas alturas de la historia, ya me mira con los mismos ojos de sus parientes y considera mi relato de “excepcionalmente nauseabundo”, incluso antes de haberlo terminado.

Situación que, por un momento, me lleva a preguntarme si no seré yo el autor de la cucaracha Kafka.

Mi personaje se cree él mismo un símbolo de la desesperación del animal condenado al mutismo y al eterno alejamiento. Duda de ser una persona. Lo que no es en absoluto mi caso.

A Kafka, yo le era familiar desde hacía mucho tiempo, el padre le trataba como una pulga, la cocinera como una bestia, el aprendiz de la tienda familiar como un perro enfermo. Abandonado por su novia, se siente gusano venenoso al que se puede pisar y ser barrido. Y todo ello, por culpa de todos sus intentos de escribir, en su mayoría frustrados. Soy el testigo mudo de una historia que ahora recupera su voz y su sentido. Calificar a un escarabajo de hombre es un insulto humano. Pronto va a ser zarandeado y barrido por la escoba, dado que en su estar repugnante de cucaracha, persiste en seguir escribiendo la vida de Franz Kafka.

-“¿Muerto? –dijo la señora Samsa.

-Esto es lo que creo, contestó la criada”, y como prueba empujó todavía un buen trecho con la escoba el cadáver de Kafka.